



Educaguía
.com

Sinopsis

Rimas y leyendas

1

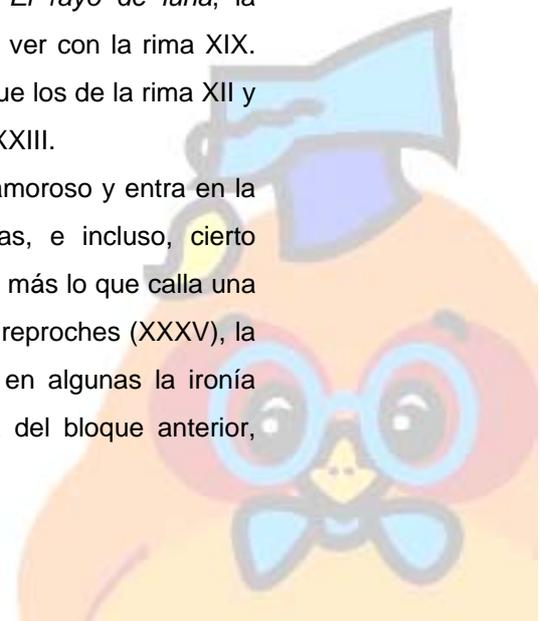
1.1 Rimas

Las rimas de Bécquer responden a un afán generacional que pretendía retomar las formas y ritmos de la canción popular para crear una lírica de carácter culto. Este deseo tiene claras influencias germánicas, sobre todo de Heine. Así, muchas rimas mantienen una estructura paralelística muy típica de la poesía popular (rima LIII). Otra característica de la poesía popular que incorporan las rimas es la ausencia de los detalles descriptivos, pues el alejamiento temporal del momento del suceso, al que solo se acerca la memoria, hace que desaparezca el detalle (rima LXXVI: solo aparecen los detalles precisos para evocar la sensación de soledad y muerte). También la sencillez de lo popular se muestra en la ausencia de metáforas elaboradas, y las que aparecen son tópicas. En cambio, abundan las comparaciones, y algunas, están construidas por completo a base de símiles (II, III, V, XXIII, XLI). Por otro lado, también recogen motivos de la tradición romántica, como el arpa (VIII), las golondrinas (LIII) o la tumba (LXXXVI).

Las rimas pueden dividirse según una disposición temática. Las rimas I-IX tratan la propia poesía en las que desarrolla temas de la creación literaria, como en la que habla del genio creador, que une inspiración y razón (rima III), o la rima V que habla acerca de la pervivencia de la poesía.

Las rimas IX-XXX tienen por tema el amor y posiblemente sean las composiciones más conocidas de Bécquer. Son poemas llenos de idealismo en las que busca el ideal de amor y el ideal de mujer, de carácter superior, inefable, casi intangible. Algunas de estas rimas aparecen casi sin variación, pero en prosa, insertadas en sus leyendas. Así por ejemplo, la rima XI se rastrea fácilmente en *Los ojos verdes* y *El rayo de luna*, la descripción de la protagonista de *La corza blanca* tiene mucho que ver con la rima XIX. Los ojos verdes descritos en la leyenda homónima son los mismos que los de la rima XII y el ansia de don Fernando por recibir su mirada tiene ecos de la rima XXIII.

A partir de la rima XXX abandona el idealismo de carácter amoroso y entra en la dinámica del desencanto. Desencanto en sus relaciones amorosas, e incluso, cierto escepticismo irónico, como en la rima XXXIV, que dice que le agrada más lo que calla una mujer estúpida que lo que dice cualquier otra. También salen a flote reproches (XXXV), la animosidad y el rencor tras una relación truncada. Es destacable en algunas la ironía (XLV, XXXVI--colofón irónico). En otras, el idealismo que manaba del bloque anterior,



queda materializado, y en ocasiones, solo se fija en la apariencia externa de la mujer, de forma prosaica (XXXIX). También aparece el dolor por la infidelidad descubierta de la amada (XLII, XLIII), la desilusión por el descubrimiento del lado malvado de la pareja (XLVII), así como la desilusión por la vida, toda vanidad y humo, que aparece en las rimas LXXXI-LXXXII).

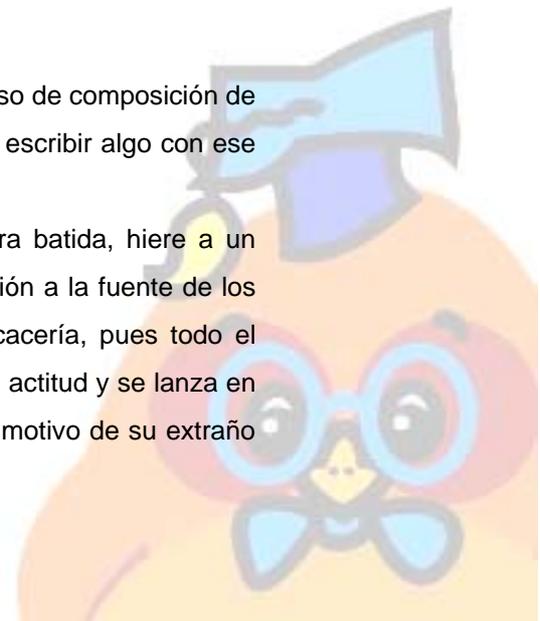
A partir de la rima LIII, el dolor reconcentrado de Bécquer aparece con toda su intensidad. La famosa rima LIII, la de las golondrinas y la siguiente, expresan su dolor por un pasado que jamás volverá y por el paso fugaz del tiempo. Se siente envejecido, aún sin ser viejo todavía, por ese intenso dolor sufrido a lo largo de toda su vida (LVII). Y, ante esto, prefiere disfrutar de los placeres del amor momentáneo ante el futuro imprevisible y casi siempre nefasto (LVIII), otro ejemplo más del materialismo que contrasta con el idealismo de las rimas primeras. El dolor le ha hecho inmune al sentimiento (LIX). La rima LX puede compararse al tema de "los tristes", característico de Rosalía de Castro. Se repite mucho el campo semántico del desierto, el erial, para expresar el vacío de su espíritu y el olvido en el que, augura, se encontrará cuando muera. Una muerte que ya empieza a esbozarse en alguna de estas rimas (LXVI, LXIX), pero que aparece con toda su fuerza en las rimas LXXIII, LXXIV.

1.2 Leyendas

El monte de las ánimas: es quizá una de sus leyendas más conocidas. La leyenda se desarrolla en Soria, en el Monte de las Ánimas, la noche de todos los santos. Alonso narra que desea salir de allí, porque, según se dice, los tempalrios muertos resucitan esa noche y corren envueltos en sus sudarios al compás del repique de la campana de la capilla, que ya no existe. Por la noche Beatriz y Alonso debaten sobre las prendas que se desean entregar. Ella le ofrece una banda que ha perdido en el monte y procura herir el orgullo de Alonso para que salga a buscarla en medio de la oscura noche. A la mañana siguiente, el joven aparece muerto en el monte y la banda sobre el reclinatorio de la dama, que también aparece muerta, de pánico. Como final tenemos la versión de un hombre que asegura haber visto a una joven perseguida por jaurías dando vueltas sobre la tumba de Alonso.

Los ojos verdes: al principio Bécquer nos da noticia del proceso de composición de la leyenda. Dice haber tenido ganas, desde hacía mucho tiempo, de escribir algo con ese título. Se le presentó la ocasión y dejó correr la puma.

En un día de caza, Fernando de Arguensola, en su primera batida, hiere a un ciervo que es perseguido tenazmente hasta que se pierde en dirección a la fuente de los álamos. En vez de seguirle, Íñigo, su montero mayor, detiene la cacería, pues todo el mundo respeta ese lugar por estar encantado. Fernando reprende su actitud y se lanza en solitario en busca de la presa. Días después, Fernando le cuenta el motivo de su extraño



comportamiento desde entonces: se levanta muy temprano, se interna en el monte Moncayo y no vuelve hasta la noche, sin presa alguna. El caso es que en la fuente, descrita como un "locus amoenus", vio unos ojos verdes en el fondo del lago que lo subyugaron de tal forma que lo hacen volver sin remedio. Incluso habló con una mujer misteriosa de la que quedó profundamente enamorado y por cuya mirada lo daría todo. El apartado siguiente es la escena en la que Fernando, postrado a los pies de una doncella, descrita como si de una visión se tratara, le confiesa su amor. Ella lo invita a cercarse mientras cae la noche y la niebla lo envuelve todo. Él cae al agua y se hace la noche y el silencio.

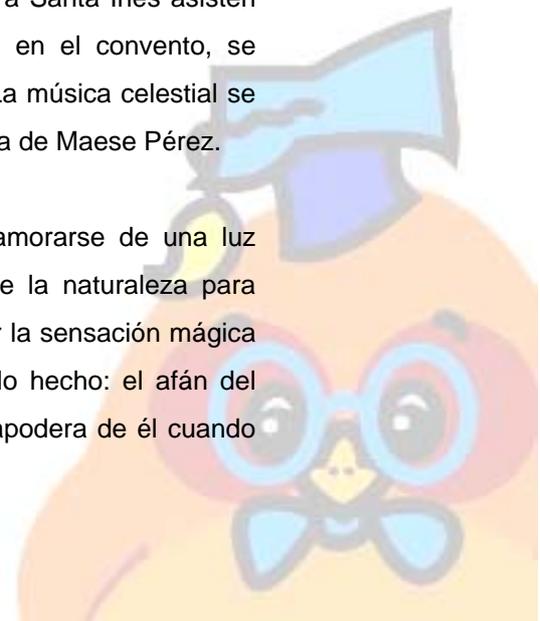
Maese Pérez, el organista: explica que escuchó la leyenda de una demandadera del convento de Santa Inés de Sevilla y que por eso asistió a la misa, para escuchar un órgano que no sonaba tan bien como el de la leyenda.. La misma demandadera lo sacó de dudas: ese órgano no era el de Maese Pérez, que se cayó de viejo y su alma no volvió a aparecer desde la colocación del nuevo.

I- Por medio de una de las vecinas que va a asistir a la misa del gallo, se nos presenta a Maese Pérez, un organista ciego que es capaz de arrancar lágrimas a los que escuchan su prodigiosa forma de tocar el órgano, sobre todo en un día tan especial. Esa noche, mientras todos esperaban ansiosos el comienzo de la misa para escuchar el órgano, una noticia desilusionó a los asistentes: Maese Pérez estaba enfermo y no iba a poder tocar. Cuando más crecía la desesperanza, llegó Maese Pérez, tembloroso y débil, ya que, sabiendo que iba a ser su última ocasión de tocar el órgano, no quería faltar. Tras una intervención majestuosa por su virtuosismo, y cuando estaba llegando al final, Maese Pérez murió sobre su preciado órgano.

III- Ha pasado un año y por la misma vecina sabemos novedades: en memoria del maestro habían querido que ese año nadie tocara el instrumento de maese Pérez en la misa del Gallo, pero el envidioso organista de San Bartolomé se prestó voluntario. El éxito fue monumental, pero al final de la intervención le confesó al arzobispo que no iba a tocar más ese órgano.

IV- Ha pasado otro año. Todo el mundo va a escuchar al organista de San Bartolomé a la catedral ante el éxito del año anterior, mientras que a Santa Inés asisten unos pocos fieles. Pero cuando la hija de Maese Pérez, novicia en el convento, se propone tocar el órgano durante la misa, ocurre algo sobrenatural. La música celestial se desprende de las teclas sin ayuda de mano humana. Se trata del alma de Maese Pérez.

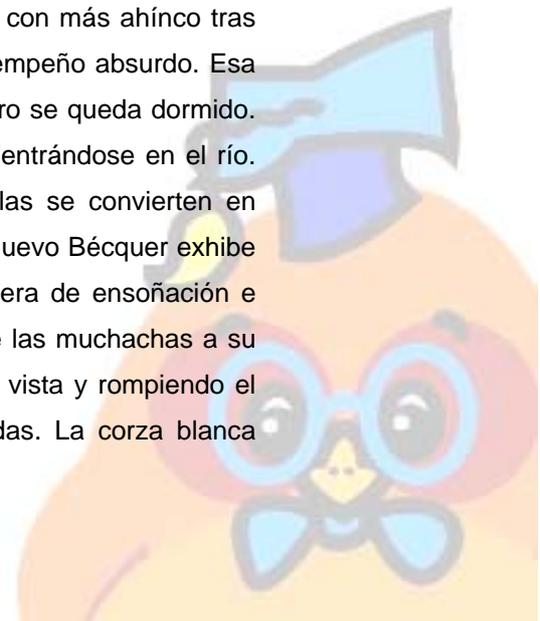
El rayo de luna: Manrique es un hombre que llega a enamorarse de una luz creyendo que se trata de una mujer. Juega con los elementos de la naturaleza para desvelar un misterio. Aparece el motivo de las ruinas para ambientar la sensación mágica de lo sobrenatural. La trama principal transcurre en torno a un solo hecho: el afán del joven por desentrañar la identidad de su enamorada. La locura se apodera de él cuando



descubre que su amada no es más que una ilusión óptica provocada por la visión de un rayo de luna y la fantasía de su temperamento soñador.

El miserere: en la típica introducción que acompaña a cada leyenda, explica la concepción de la misma. Cuenta que estando en la abadía de Fitero encontró un volumen que contenía una pieza musical que le pareció rara por lo extraño de sus anotaciones. Preguntó a un viejo fraile que le contó la historia. Hace muchos años, un romero, en un Jueves Santo tormentoso, se refugió en esa abadía de Fitero y les contó a los monjes su historia: él era un músico afamado en su tierra alemana pero, tras cometer un crimen prometió obtener el perdón divino componiendo el Miserere que expresara todo lo que su alma arrepentida albergaba. Recorrió muchos países buscando un miserere que le inspirase, pero sin éxito en sus pesquisas. Al escucharlo, uno de los pastores que allí reunidos también le escuchaban, le contó la leyenda del Miserere de la Montaña: hacía muchos siglos, un noble vengativo había matado a todos los monjes de una abadía cercana mientras realizaban el oficio de la misa, y a partir de entonces, todas las noches de Jueves Santo, vuelven del purgatorio para celebrar la misa y ganarse la gracia divina. Durante la aparición se oye un miserere maravilloso. El romero salió sin dilación entre la tormenta para dirigirse al lugar indicado. A las once de la noche comienza el espectáculo. Bécquer hace alarde de todo su poder descriptivo para captar la escena fantasmagórica y crear el ambiente necesario. Asimismo describe la música que el romero buscaba, con ricas imágenes y símiles como ya lo había hecho en *Maese Pérez*. Poco después de escuchar los primeros acordes, el romero se desmaya. A la mañana siguiente, pidió asilo a los monjes y empezó a componer frenéticamente su obra hasta llegar al final, justo lo que correspondía a lo escuchado en la montaña, pero es incapaz de reproducirlo, enloquece y muere sin terminar su obra.

La corza blanca: Don Dionís y su hija Constanza, junto con monteros y palafreneros descansan de la actividad cinegética a la orilla de un riachuelo. Un zagal llamado Esteban les cuenta la extraña historia de unas corzas encabezadas por otra de color blanco que hablan entre ellas burlándose de la simpleza del mozo. Todos se ríen de la historia, pero Garcés, el montero más apreciado de Don Dionis, empeñado en cumplir todos los deseos de Constanza, se propone cazar a la corza y aún con más ahínco tras las burlas que sufre por parte de los hombres del castillo por ese empeño absurdo. Esa misma noche se aposta en la vera del río entre unos matorrales, pero se queda dormido. Cuando se despierta debido a voces y cánticos, ve a las corzas adentrándose en el río. Cuando carga su ballesta para cazar a la corza blanca, todas ellas se convierten en hermosas mujeres. De nuevo se trata de un punto culminante y de nuevo Bécquer exhibe todas sus dotes descriptivas para envolver al lector en una atmósfera de ensoñación e irrealidad, velada por una tenue luz azulada. Garcés descubre entre las muchachas a su adorada Constanza y decide salir de su posición ofreciéndose a su vista y rompiendo el encanto. Las mujeres vuelven a ser corzas que huyen despavoridas. La corza blanca



queda atrapada entre los árboles a merced de Garcés, pero una súplica suya lo distrae el tiempo necesario para huir. Garcés, creyendo que todo es un engaño diabólico, dispara una flecha que hiere a la corza. Para desesperación del montero descubre a Constanza muerta por su flecha.

